

Gran Bretaña, el imperio del narcotráfico

A través de una investigación exhaustiva en archivos británicos y chinos, la historiadora y sinóloga Julia Lovell reconstruye la sórdida realidad de la Guerra del Opio: un conflicto impulsado por la codicia mercantil victoriana. La obra trasciende el relato bélico tradicional para ofrecer una crónica vibrante de piratería, hipocresía colonial, narcotráfico de Estado y choques culturales que redefinieron de forma irreversible el equilibrio de poder entre Asia y Europa y que, 170 años después, sigue siendo la piedra angular del nacionalismo chino y de sus tensas relaciones diplomáticas con Occidente.



La Guerra del Opio. Drogas, codicia y la forja de la China moderna
979-13-990789-9-2
472 páginas + 32 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 28,95 €

La Guerra del Opio es uno de los episodios más infames de la historia de Gran Bretaña, arrastrada por los intereses de empresarios de dudosa reputación, corporaciones privadas, lobistas sin escrúpulos y halcones del imperialismo más depredador a un conflicto inmoral por un negocio que generaba formidables fortunas a costa de diezmar a la población y destruir la economía del Imperio Qing: el derecho a vender opio y, en última instancia, el sometimiento de China a la supremacía occidental. El libro *La Guerra del Opio. Drogas, codicia y la forja de la China moderna*, de la historiadora y sinóloga Julia Lovell, que lleva décadas estudiando las fuentes chinas, va mucho más allá de la perspectiva occidental tradicional al otorgar protagonismo y voz propia al Imperio Qing, explorando sus intensas interacciones con el mundo más allá de sus fronteras –desterrando el mito de un país cerrado e impermeable–, su idiosincrasia interna, así como la incompreensión mutua que empujó a ambas partes hacia la guerra; un conflicto tan brutal como asimétrico condicionado por la abrumadora superioridad tecnológica occidental y la falta de realismo militar de China, no exento de episodios tragicómicos, hipocresía victoriana, tropiezos burocráticos, errores militares y oportunismo político. A lo largo de los últimos dos siglos, esta guerra desatada por la droga y la codicia –motivos que resuenan en conflictos actuales– se ha convertido en el episodio fundacional del nacionalismo chino, una humillación que ha moldeado las interacciones de Pekín con el resto del mundo, y una memoria y unos prejuicios que han enturbiado su relación con Occidente hasta el día de hoy.

«El gran libro sobre la Primera Guerra del Opio [...] Julia Lovell ha pasado décadas de su vida estudiando las fuentes chinas, ningún otro trabajo alcanza el extraordinario nivel de comprensión de la China de esta época. Lo he disfrutado a lo grande y lo recomiendo encarecidamente».

William Dalrymple



Julia Lovell se formó en estudios e historia chinos en la Universidad de Cambridge y en el Centro de Estudios Chinos Hopkins-Nanjing. Hasta la fecha, su investigación se ha centrado, principalmente, en la relación entre la cultura y la construcción de la nación china moderna, así como en el amplio impacto de los encuentros de la China actual con el mundo exterior. Desde 2007 enseña historia y literatura moderna de China en el Birkbeck College de la Universidad de Londres y escribe acerca de China para *The Guardian*, *The Independent* y el suplemento literario del *Times*. Entre sus numerosas traducciones de ficción moderna china más recientes se encuentra *The Real Story of Ah-Q, and Other Tales of China*, de Lu Xun. En la actualidad es coinvestigadora con el Museo Británico en un proyecto financiado por AHRC, «Creatividad cultural en la China Qing, 1796-1912».

En librerías el miércoles 29 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

SE HA DICHO SOBRE LA GUERRA DEL OPIO

«Nadie que haya leído el maravilloso libro de Julia Lovell acerca de la Gran Muralla china se sorprenderá de que haya escrito un relato tan magnífico de la Guerra del Opio. Este pasaje decisivo en la historia de China –el comienzo de un espeluznante siglo y medio de explotación y miseria– ofrece una rica veta de material que Julia Lovell aprovecha con enorme habilidad narrativa. Una de sus cualidades más destacadas es su capacidad para mostrar la repercusión de estos acontecimientos a lo largo de los años. Un libro realmente excepcional».

Chris Patten, antiguo gobernador y comandante en jefe de Hong Kong

«Una buena muestra de desmitificación [...] Este libro cumple un papel crucial al recordar a Gran Bretaña un episodio vergonzoso de su pasado que aún hoy condiciona sus relaciones con China. Aunque la China oficial también podría aprender de él que la reconciliación con el pasado se logra si se comprenden sus complejidades, en lugar de convertirlo en un simple cuento moral».

Rana Mitter, Guardian

«Para cualquiera que desee comprender por qué China se muestra cada vez más firme en la escena internacional y tan recelosa como siempre del resto del mundo, este es un libro que le proporcionará algunas pistas importantes».

The Times, Libro de la Semana

«*La Guerra del Opio*, de Julia Lovell, es una lectura excelente para cualquiera que se sienta poco informado con respecto a la razón histórica del resentimiento chino hacia el mundo exterior».

New Statesman

«Lovell escribe con entusiasmo acerca de los escandalosos personajes que impulsaron los acontecimientos en los márgenes del Imperio británico. También traza el fascinante legado de la literatura paranoica occidental».

Daily Express

«En aquel momento, como explica Julia Lovell de forma lúcida y convincente, estos acontecimientos se percibieron en gran medida como una escaramuza fronteriza [...] No menos interesante que los propios acontecimientos es el relato de Lovell en torno al desenlace de la guerra».

Observer

«Esta es la historia arrancada de los humos alucinógenos y arrojada a la fría luz de la relevancia contemporánea».

Literary Review

«Aprovechando al máximo su considerable talento narrativo y su profundo conocimiento de las maneras opuestas en que se ha contado la historia de la Guerra del Opio dentro y fuera de China, Julia Lovell nos ofrece una perspectiva fresca de un episodio crucial de la historia del siglo XIX. El resultado es una obra de lectura cautivadora que invita constantemente a la reflexión. Está repleta de vibrantes relatos de sucesos del pasado y de perspicaces comentarios relativos a las poderosas sombras que estos antiguos acontecimientos siguen proyectando en nuestro aún joven siglo».

Jeffrey Wasserstrom, autor de China in the 21st Century

«Julia Lovell ha escrito un relato lúcido, perspicaz y rico de esta historia, tan manipulada, del primer y contundente encuentro entre China y Occidente. Un libro importante y cautivador para quien desee comprender los usos y abusos de la historia china».

Chinadialogue.net

«No se puede entender la China actual sin comprender el enorme impacto que las Guerras del Opio tuvieron en la reestructuración del orgullo nacional chino. Este es el primer libro occidental que he leído que hace justicia a esa compleja historia».

Xinran Xue, autora de Nacer mujer en China y Las hijas del Yang-Tsé

«Más que una simple historia [...] al mirar el conflicto desde un punto de vista contemporáneo, *La Guerra del Opio* ofrece una visión de una superpotencia asiática que todavía está incómoda con sus relaciones comerciales con Occidente».

International Herald Tribune

LAS CLAVES DEL LIBRO

El Imperio británico se construyó sobre el monopolio del opio en India; hacia 1839, las exportaciones a China alcanzaron las 40 000 cajas anuales, que revirtieron el déficit de la balanza comercial ocasionado por las masivas importaciones de té chino.

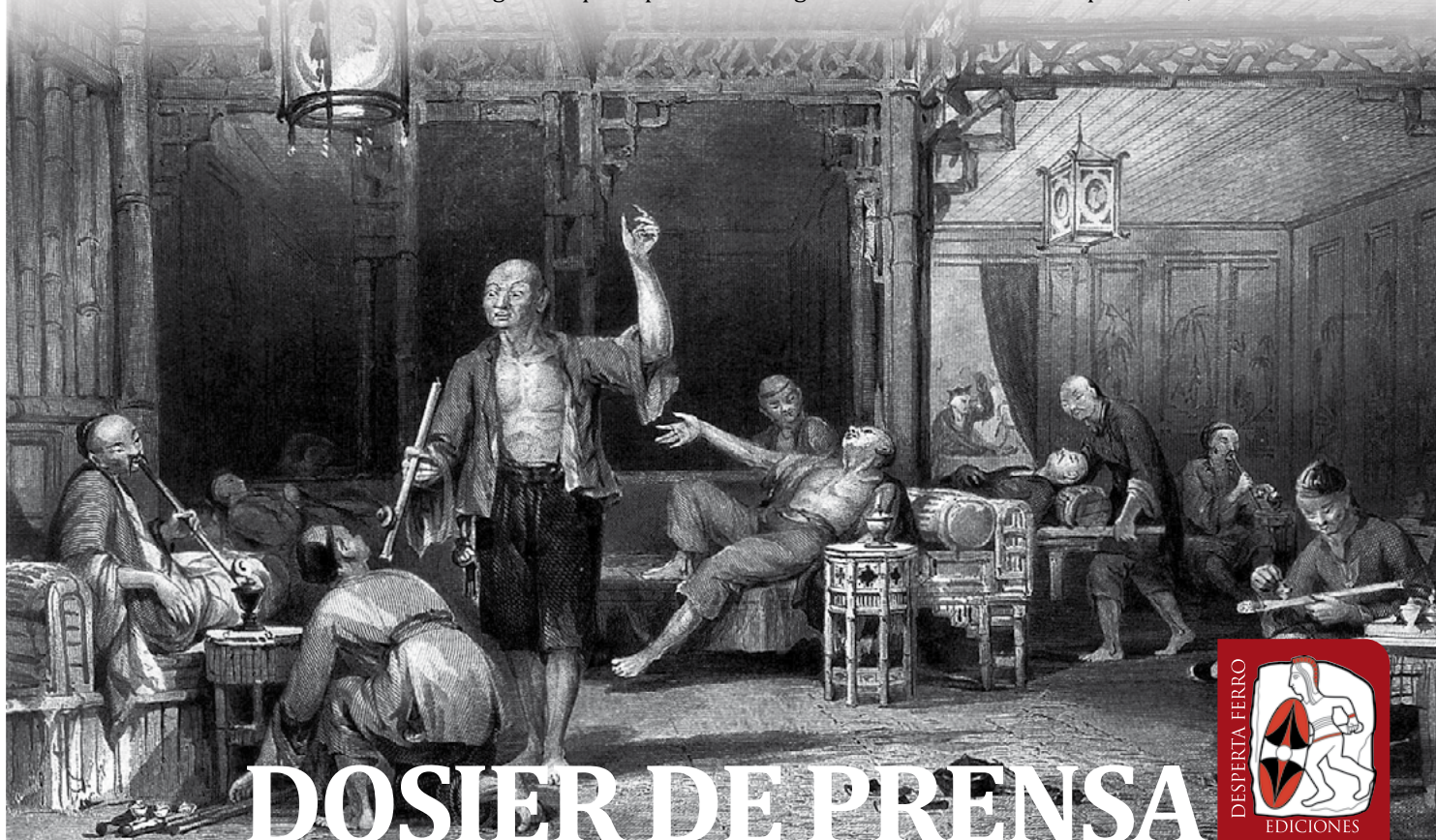
Lovell rompe la visión de una China aislacionista vs. un Occidente civilizador, exponiendo un imperio Qing fracturado donde muchos locales colaboraron con los británicos por beneficio económico.

La narrativa actual del Partido Comunista Chino utiliza la Guerra del Opio como el «mito fundacional» de su legitimidad, recordando la agresión extranjera para cohesionar el patriotismo moderno.

Políticos y mercaderes británicos sin escrúpulos envolvieron un comercio ilegal de narcóticos bajo las banderas del libre comercio y el progreso, forzando el envío cañoneras cuando China intentó prohibir la droga.

La reducción del suministro mundial de plata por las independencias sudamericanas (descenso del 56.6%) obligó a los británicos a **sustituir el metal por opio** para seguir comprando seda y té chinos.

Boceto británico de mediados del siglo XIX que representa una guarida de fumadores de opio china, 1860.



DOSIER DE PRENSA

OPIO: EL IMPERIO OLVIDADO DE GRAN BRETAÑA

por Julia Lovell



El lector podría preguntarse por qué una autora británica ha hecho un nuevo libro acerca de la Guerra del Opio cuando ya existen muchas obras excelentes y exhaustivas de eruditos chinos y occidentales en torno a ese trágico suceso. De hecho, mientras escribía mi libro, los estudiosos anteriores me inspiraron y me fueron de gran ayuda: en particular, el fascinante y sugestivo estudio *The Collapse of an Empire*, con su amplia gama de archivos en chino y en inglés. De los estudios en lengua inglesa, aprendí mucho de las obras de James Polachek, *The Inner Opium War*, y de Frederick Wakeman, *Strangers at the Gate*.

Al tomar la decisión de escribir mi propio libro me motivó la enorme divergencia existente entre las visiones populares de la guerra de chinos y británicos: quería recordar a los olvidadizos lectores británicos el pasado narcotraficante de nuestro país.

Hoy, numerosos británicos sienten una inmensa vergüenza por el pasado colonial de su país. Son tantos y tan terribles los episodios imperiales que echarnos en cara: el comercio de esclavos, las incontables masacres de pueblos indígenas casi desarmados, acribillados por las ametralladoras Maxim; siglos de racismo institucionalizado. Sin embargo, en comparación con otras fechorías coloniales, hay un trapo sucio del imperialismo británico que suele pasarse por alto: el opio. Ese narcótico enormemente adictivo que financió al Imperio británico durante los siglos XVIII y XIX.

El imperio de la Gran Bretaña victoriana, que se expandió de modo tan prodigioso en el transcurso del siglo XIX, se enorgullecía de su superioridad cristiana

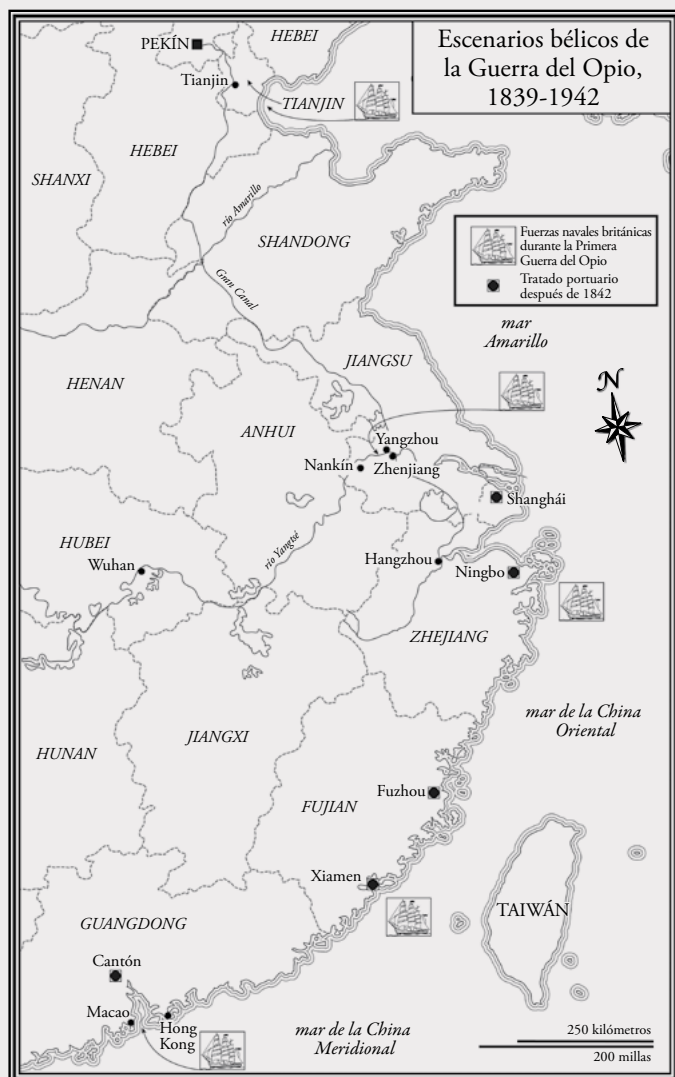
sobre aquellos a los que conquistaba. Y, sin embargo, buena parte de este imperio –uno que convirtió a Gran Bretaña en una opulenta potencia global– se construyó sobre el dinero de la droga; sobre los beneficios del monopolio británico del opio en la India. Cuando los británicos se hicieron con el control de Bengala en la segunda mitad del siglo XVIII establecieron de inmediato un monopolio sobre la producción de opio del lugar, que obligó a los campesinos indios a firmar contratos para cultivar amapolas. Una vez lista la cosecha, la savia cruda de opio se procesaba en fábricas gestionadas por los británicos, empacada en cajas de madera de mango y vendida –por un cuantioso margen– en China.

Gran Bretaña hizo algo más que obtener provecho de la droga: también libró guerras en su defensa. En 1839-1842 y en 1856-1860 organizó expediciones contra la negativa del Gobierno chino a legalizar el contrabando de opio –en el transcurso del cual Gran Bretaña ocupó buena parte de lo que hoy es el territorio de Hong Kong–, mientras sostenía que su principal propósito era abrir China al libre comercio. La historia del narcotráfico de Gran Bretaña en Asia, y de las contiendas que combatió por el opio, es un relato de oportunismo e hipocresía chocante, en el que políticos, mercaderes y soldados involucraron su lucha por proteger un comercio ilegal de narcóticos bajo las banderas de la civilización y el progreso.

El opio era importante para el Imperio británico por muchas razones. Se canjeaba por plata en el sur de China, la cual servía para comprar té para la población británica. En consecuencia, la droga revirtió el déficit comercial de Gran Bretaña con Asia y costó la

DOSIER DE PRENSA





adicción británica al té; a su vez, los aranceles del té adquirido por los británicos cubrieron buena parte de los costes de la Royal Navy. Bien entrada la década de 1850, las ventas de opio en China sostenían al Raj en India y generaban la plata que Gran Bretaña empleaba para comerciar por el océano Índico. Una cuidadosa gestión de la producción del opio generó la mayor parte de los ingresos estatales de Singapur en el siglo XIX.

Así y todo, considero que Gran Bretaña se ha esforzado mucho por olvidar que hubo un tiempo en que libró dos guerras del opio con China. Es muy posible aprobar el temario de historia, tanto en la escuela como en la universidad, sin encontrarlas. La amnesia británica de esos conflictos comenzó pronto. En torno a 1900, algunos textos escolares británicos dejaron sin más de mencionar la Primera Guerra del Opio al hablar de Hong Kong y de los confines orientales del imperio: la isla, escribieron, fue «adquirida» en 1842. Desde la Segunda Guerra Mundial, el pasado colonial de Hong Kong ha sido borrado poco a poco, conforme

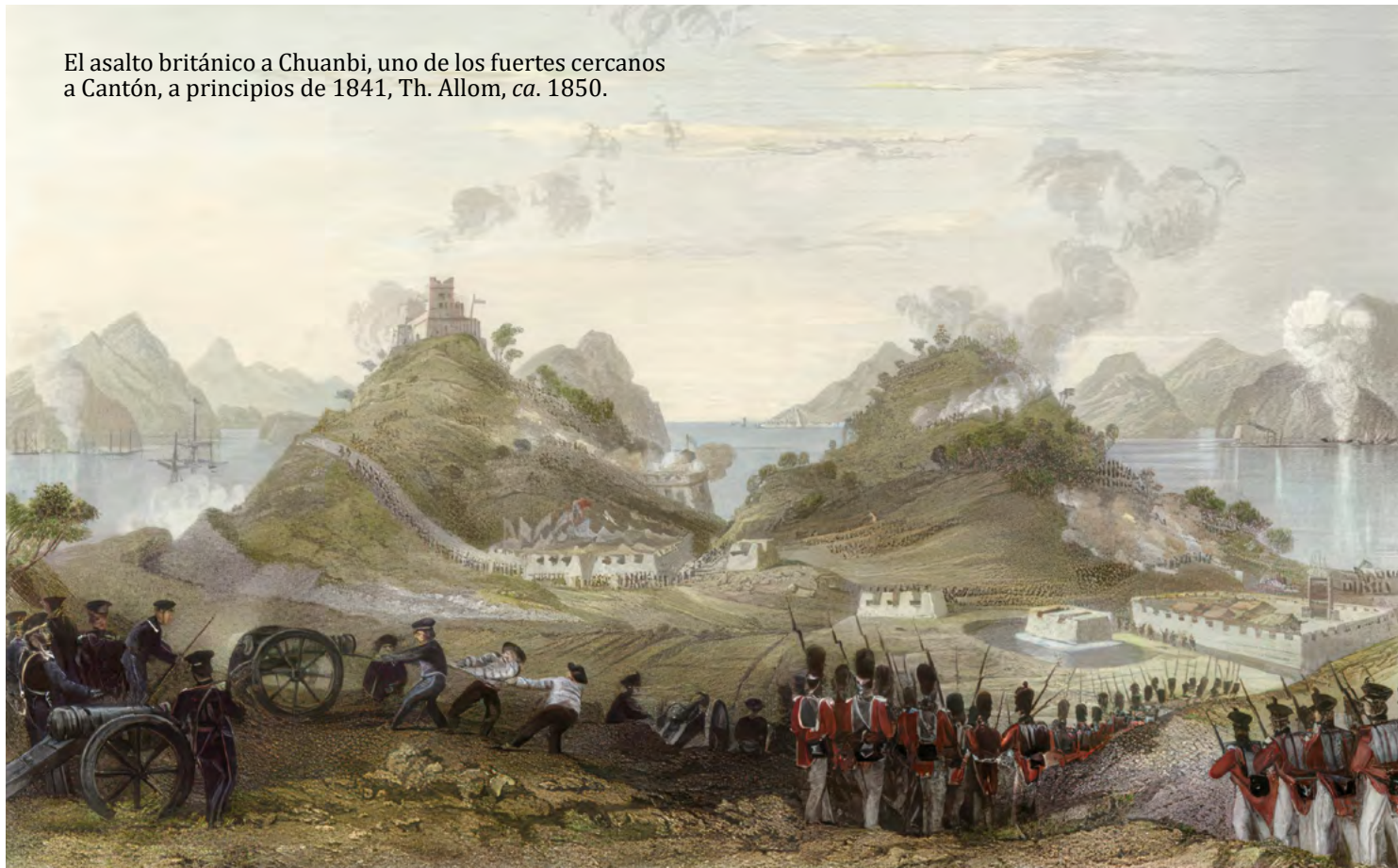
el territorio se iba reinventando en un desenfrenado centro financiero global. En 1991, el sesquicentenario de Hong Kong, fundado en 1841 por las cañoneras británicas, pasó sin ser conmemorado. Los discursos de despedida de los dignatarios británicos en la entrega de 1997 evitaron toda mención al opio, o a los conflictos librados en su defensa.

En Londres, las huellas del pasado narcotraficante de Gran Bretaña también se han ignorado. Durante todo el siglo XIX, y buena parte del XX, los enormes muelles de la capital situados al este de la ciudad recibieron exóticos productos de todo el imperio: especias, índigo, sedas, alfombras persas, tabaco, café. Los muelles de la India oriental –que recibían cargamentos de té de China– constituían uno de los vértices de un triángulo comercial de crucial rentabilidad –compuesto por opio, plata y té– entre la India, China y Gran Bretaña. En la actualidad, sin embargo, los antiguos muelles de la India oriental –que en su apogeo decimonónico podían atender a cientos de naves a la vez, muchas de ellas cargadas de té de la China pagado con opio indio– son ruinas improductivas, han sido repoblados por aves silvestres o han sido reconvertidos en bloques de apartamentos inteligentes de vidrio y acero.

No obstante, esta es una historia que aún tiene poderosos ecos en la política global. Si Gran Bretaña se ha mostrado olvidadiza –ya sea de forma deliberada o por pereza– de su pasado como mercader de opio, en la China continental el recuerdo de su comercio y de las Guerras del Opio no podría ser más diferente. Allí, las Guerras del Opio –que los escolares estudian en libros de texto, museos, memoriales y películas– señalan el comienzo del patriotismo chino moderno. Se ven como el inicio de una conspiración occidental para destruir el país con drogas y violencia; iniciaron el terrible «siglo de humillación» de China, acosada por Occidente y Japón, y la batalla de China por erigirse en una nación fuerte y moderna. Para entender el problemático nexo actual de China con Occidente –una de las relaciones diplomáticas clave de la geopolítica contemporánea– el lector occidental ha de comprender el modo en que China recuerda las Guerras del Opio y el papel de Gran Bretaña en esos conflictos.

Por otra parte, mientras investigaba la Guerra del Opio por medio de fuentes primarias y secundarias, en chino y en inglés, descubrí elementos de esa historia que me sorprendieron: detalles que diferían del relato con el que estaba familiarizada. Escribir un libro de la Guerra del Opio me llevó a revisar casi cualquier idea preconcebida que hubiera tenido en el pasado acerca de China. Durante largo tiempo, esta contienda se ha visto como una colisión entre civilizaciones muy bien definidas. Entre la Gran Bretaña expansionista y de-

El asalto británico a Chuanbi, uno de los fuertes cercanos a Cantón, a principios de 1841, Th. Allom, ca. 1850.



fensora del libre comercio y la China aislacionista y xenófoba. Muchos occidentales todavía creen que China, desde tiempos inmemoriales, ha sido un lugar en esencia coherente, cuyo pueblo siempre se ha identificado con un conjunto único y central de ideas políticas y culturales. En 1839, cuando el país se embarcó en su primera contienda con Gran Bretaña, esto no era así. Era un imperio fraccionado y fallido, con numerosos descontentos carentes de sentido de lealtad al centro imperial. Como es natural, si se amenazaba su vida, familia o propiedades, las poblaciones chinas combatían a los británicos. Sin embargo, muchos otros vieron la guerra como una oportunidad para hacer dinero con estos. Les vendían suministros, navegaban y espían para ellos. China, al tiempo que combatía a los británicos también estaba en guerra consigo misma. Durante el asedio de Cantón, los defensores chinos de la ciudad estuvieron demasiado ocupados saqueando, matando y –en casos extremos– devorándose entre ellos para oponer una resistencia coordinada.

Consideramos que la guerra produce respuestas excepcionales: patriotismo, valentía y brutalidad extraordinaria. Y, sin embargo, los errores habituales cometidos en las anodinas épocas de paz también persisten en las contiendas. Durante la Guerra del Opio, los urgentes costes humanos y materiales del conflicto no impidieron trágicos actos de descuido burocrático. Mientras moría gente y se destruían ciudades, los hombres que dirigían la guerra en China ocultaban o

perdían ejemplares con las demandas bélicas británicas; le contaban al emperador mentiras descarnadas relativas a victorias extraordinarias que, en realidad, eran derrotas; un general estaba catatónico a causa del opio cuando tendría que haber estado dirigiendo batallas. Dos años y medio desde el inicio de la guerra que le había costado a su administración decenas de millones de onzas de plata y millares de vidas, el emperador escribió una carta asombrosamente vaga a uno de sus mandatarios en primera línea: ¿dónde, quería saber, de hecho, estaba Inglaterra?

Al escribir este libro, por tanto, tenía dos metas. Quería despertar a los lectores británicos de su amnesia acerca del pasado de nuestro país, que se enriqueció gracias al opio. Pero también quería describir, al menos en parte, la enorme complejidad de la guerra. Muchas de mis fuentes primarias en lengua inglesa, escritas por soldados de la Gran Bretaña victoriana que combatieron en la guerra, presentan la acción como una ordenada y quirúrgica operación militar. Mas las guerras nunca son así: están repletas de sufrimiento, oportunismo, errores, mentiras y caos. El estudio de la Guerra del Opio nos ofrece una plétora de revelaciones: de la historia de China y de Gran Bretaña, de traumas personales y choques culturales, de cómo gobiernos y sociedades funcionan o son disfuncionales y de los compromisos, pasos en falso, engaños y tragedias que las personas generan en situaciones desesperadas.



ENTREVISTA A LA AUTORA

En el prefacio de *La Guerra del Opio* comenta que su principal motivación a la hora de escribir este libro fue la “amnesia colectiva” que sufre la sociedad británica de este infame episodio de su historia.

La historia de la Guerra del Opio sigue teniendo, sin duda, repercusiones geopolíticas actuales para el Reino Unido, en un momento en que este intenta definir y justificar un papel internacional posimperial para sí misma. En el Reino Unido, se debate si Gran Bretaña puede y debe seguir desempeñando un papel global, y cómo debería interactuar, por ejemplo, con una potencia emergente como China. Creo que algunos dan por sentado que Gran Bretaña tiene el derecho moral de seguir siendo un actor internacional clave, una suposición heredada del pasado de Gran Bretaña como imperio global. Pero la historia de la Guerra del Opio nos recuerda que el poder global de Gran Bretaña se finan-

«La Guerra del Opio nos recuerda que el poder global de Gran Bretaña se financió originalmente con la venta de un narcótico ilegal y adictivo, y fue posible gracias a guerras ilegales libradas para proteger este comercio de drogas».

ció originalmente con la venta de un narcótico ilegal y adictivo, y fue posible gracias a guerras ilegales libradas para proteger este comercio de drogas. Es importante tener presente esta dudosa historia imperial hoy en día, cuando Gran Bretaña se plantea su derecho a ejercer influencia global, y especialmente al considerar la forma en que el Reino Unido interactúa con países afectados negativamente por su pasado de comercio de drogas (China, India y naciones del sudeste asiático).

En Asia las repercusiones de este conflicto tampoco fueron menores...

En la China continental, como es bien sabido, el comercio del opio y las guerras que libró Gran Bretaña para defenderlo a mediados del siglo XIX siguen siendo un recuerdo nacional traumático. Pero otros territorios –Hong Kong y la India, por citar solo

dos- también se vieron directamente afectados por estos acontecimientos históricos. Hong Kong no existiría tal y como lo conocemos hoy sin el comercio del opio y las guerras que Gran Bretaña libró por él. Sin el opio (que no se ilegalizó en Hong Kong hasta 1942), la colonia no habría sido económicamente viable durante gran parte de su primer siglo de existencia. Al menos hasta la década de 1920, los aranceles sobre el comercio del opio superaban a todas las demás fuentes de ingresos de la isla. Fue en la India, por su parte, donde los supervisores británicos gestionaron los monopolios del opio que generaron las exportaciones de la droga a China a lo largo del siglo XIX. Todavía en la década de 1850, más de una quinta parte de los ingresos del Raj procedían del opio; esto representa la explotación sistemática de la productividad natural de la India para enriquecer al Gobierno británico y a particulares. Sin embargo, durante mis viajes a Hong Kong y la India -ambos lugares con igual derecho a sentirse agraviados por las fechorías de Gran Bretaña-, me llamó la atención lo comparativamente distantes, o incluso olvidadizos, que parecían estar el público y los residentes respecto a esta historia.

¿Quería el emperador chino la guerra?

Parece abrumadoramente probable que el emperador Daoguang, de la dinastía Qing, no buscara entrar en guerra con los británicos en 1839, ya que se enfrentaba a una serie de retos que amenazaban su dominio: la degradación medioambiental y un fuerte deterioro del orden público, de las finanzas y -lo más preocupante de todo- de los ejércitos Qing, cuyas debilidades estaban siendo explotadas por una amplia gama de rebeldes internos (vagabundos, minorías étnicas desposeídas, sociedades secretas).

En medio de esta crisis cada vez más grave, una sucesión de acontecimientos llevó a Daoguang a achacar las dificultades del imperio al problema del opio indio introducido de contrabando en el sur del país por comerciantes británicos. La dinastía llevaba más de un siglo inquieta por el opio antes de la campaña de represión de Daoguang a finales de la década de 1830 -desde la primera prohibición imperial en 1729-, principalmente porque socavaba la disciplina y la estabilidad sociales, y porque era caro: los comerciantes chinos pagaban el opio con plata, una moneda

crucial para el gobierno, ya que era con la que se pagaba al ejército. En la década de 1830, el problema de las drogas en el imperio parecía estar escapando a todo control: las importaciones de opio traído de la India británica a China se habían multiplicado por diez en las tres primeras décadas del siglo y los funcionarios informaban de una creciente adicción al opio en todo el imperio. Daoguang culpó al opio de la «hambruna de plata»: Creía que la compra de opio suponía entregar las reservas de plata del imperio a los comerciantes británicos.

En 1838, el emperador nombró a un comisionado especial, Lin Zexu, para que se trasladara a Guangzhou (Cantón), en el sur de China, centro del comercio del opio, y tomara medidas enérgicas contra la venta y el consumo de opio, con castigos severos para los infractores. En la primavera de 1839, Lin destruyó unas 20 000 cajas de opio que contrabandistas británicos habían introducido en el sur de China. Sin embargo, ni el emperador

ni Lin Zexu parecen haber reflexionado mucho sobre el efecto que su severa prohibición del opio tendría en los comerciantes extranjeros, que habían obtenido tantos beneficios del comercio ilegal de narcóticos con China. Por esa razón, podríamos argumentar que Daoguang no buscó activamente la guerra con Gran Bretaña en 1839; no previó tal desenlace. Sin embargo, el Gobierno británico respondió a la destrucción del opio enviando una flota a China para vengar la afrenta y recuperar el dinero del opio perdido; se desató la Guerra del Opio.

¿Cómo experimentaron los chinos esta derrota?

Aunque la guerra no afectó al imperio en su conjunto, ya que las principales batallas tuvieron lugar en las costas sur y este, las derrotas sufridas fueron traumáticas para los soldados y generales implicados. En casi todos los enfrentamientos con los británicos, las fuerzas Qing fueron derrotadas por la potencia de fuego británica, lo que provocó terribles bajas. En Zhapu, al este de China, se libró una batalla muy destructiva, en la que los soldados Qing lucharon hasta la muerte, negándose a rendirse ante los británicos.

Sin embargo, en parte debido a que las comunicaciones dentro de la China Qing eran lentas, existía un gran desconocimiento sobre la guerra en las altas esferas del gobierno. Parece que el emperador Dao-

«En la década de 1830, el problema de las drogas en el imperio parecía estar escapando a todo control: las importaciones de opio traído de la India británica a China se habían multiplicado por diez en las tres primeras décadas del siglo y los funcionarios informaban de una creciente adicción al opio en todo el imperio».

guang no supo que estaba en guerra con Gran Bretaña hasta 1840, casi un año después de que los británicos consideraran que habían comenzado las hostilidades armadas. El emperador y sus consejeros no solían llamar al conflicto «guerra»; preferían denominarlo «disputa fronteriza». Además, los generales y asesores del emperador que combatían con los británicos en el sur y el este de China cometían a menudo errores y los ocultaban o mentaban al respecto en sus comunicaciones con el Gobierno de Pekín.

¿Cuándo se convirtió la Guerra del Opio en un hito para China? ¿Cómo se percibe hoy día?

La Guerra del Opio no se convirtió en un hito decisivo de la historia moderna de China hasta la década de 1920. Todavía en la década de 1910, esta guerra figuraba en los libros de texto de historia moderna como un episodio más entre tantos otros del traumático siglo XIX chino. Pero el surgimiento de los partidos políticos modernos de China –el Partido Comunista y el Partido Nacionalista– en la década de 1920 llevó a que se hiciera mucho más hincapié en la Guerra del Opio, como el primer acto emblemático de agresión occidental. Mientras los nacionalistas revolucionarios como Sun Yat-sen, Chiang Kai-shek y Mao Zedong buscaban causas que unieran a una población china diversa en un Estado-nación disciplinado y unipartidista, se centraron –entre otras cosas– en el antiimperialismo. A finales de esta década, la Guerra del Opio –librada por el Imperio británico para defender sus beneficios en el comercio ilegal de opio– se había convertido en el punto de inflexión de una historia moderna que, según los libros y los tratados políticos, estaba dominada por la agresión imperialista. Los nuevos partidos políticos de China convirtieron así la Guerra del Opio en una parte importante de su educación política. La Guerra del Opio y los posteriores actos de agresión imperialista contra China fueron identificados como una crisis y una conspiración sin precedentes de las que solo los partidos nacionalista o comunista podían salvar al país.

En la China actual, la Guerra del Opio (1839-1842) sigue siendo el traumático acontecimiento que marcó el inicio de la historia moderna del país. Los libros de historia, los documentales televisivos y los museos describen cómo, a principios del siglo XIX, los comerciantes británicos comenzaron a imponer enormes cantidades de opio indio a los consumidores chinos. Cuando el Gobierno chino declaró la guerra al opio, con el fin de evitar el desastre moral, físico

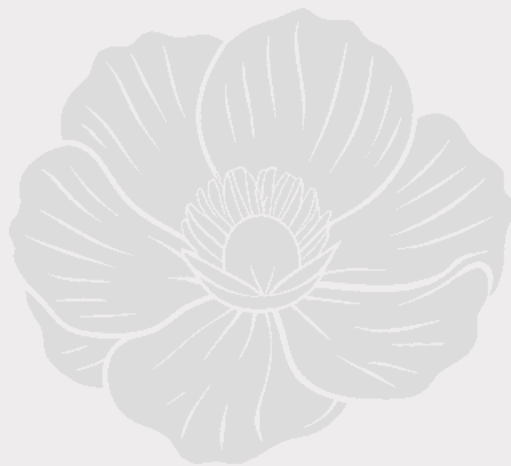
«En la China actual, la Guerra del Opio (1839-1842) sigue siendo el traumático acontecimiento que marcó el inicio de la historia moderna del país».

y financiero que amenazaba con la creciente adicción a la droga del imperio, los buques de guerra británicos extorsionaron a China hasta arrebatarle decenas de

millones de dólares y su independencia económica y política. De este modo, la diplomacia de las cañoneras, el opio y el primer «tratado desigual» de 1842 (seguido de un segundo en 1860, que puso fin a la «Segunda Guerra del Opio») doblegaron a China, dejándola incapaz de resistir las oleadas posteriores de colonizadores europeos, estadounidenses y japoneses. Este relato de la Guerra del Opio es ahora uno de los episodios fundacionales del patriotismo chino. Representa el inicio del «siglo de humillación» de China entre 1842 y 1949 a manos del imperialismo. Marca el inicio de la lucha de China por liberarse del «semicolonialismo y el semifeudalismo» (resumen de Mao del siglo posterior a 1842) y por «levantarse» como una nación moderna y fuerte. En las historias oficiales, esta batalla termina con el triunfo comunista en 1949; la Guerra del Opio representa, por tanto, una importante fuente de legitimidad histórica para el gobierno comunista de China.

Esta entrevista es un extracto adaptado de las entrevistas ofrecidas por Julia Lovell a Los Angeles Review of Books y L'Histoire.

Entrevistas completas aquí.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Prólogo de la autora a esta edición
Prefacio
Nota acerca de los nombres chinos
Cronología
Dramatis personae
Introducción

- 1 El opio y China
- 2 La decisión de Daoguang
- 3 La primavera de Cantón
- 4 Opio y limo
- 5 Los primeros disparos
- 6 «Una declaración explicativa»
- 7 Dulces palabras y babosa de mar
- 8 La caída de Qishan
- 9 El sitio de Cantón
- 10 El inglés desinglesado
- 11 Xiamen y Zhoushan
- 12 Un invierno en Suzhou
- 13 La lucha por la China Qing
- 14 El Tratado de Nankín
- 15 Paz y guerra
- 16 El peligro amarillo
- 17 El mal de la nación
- 18 Conspiraciones comunistas
- 19 Conclusión

Bibliografía
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1

EL OPIO Y CHINA

Debemos hacer una observación adicional acerca del opio que se apoderó de China a lo largo de los siglos XVIII y XIX: era ilegal desde 1729. En el siglo siguiente, se convirtió en un contrabando de prestigio que era adquirido, comprado y apreciado por personas de los estratos superiores del imperio –aunque también por miembros de los estratos más ínfimos–. El discurso oficial de la China contemporánea presenta al opio como un veneno moral que los perversos extranjeros impusieron a los indefensos e inocentes chinos. La inquietante realidad fue mucho más connivente.

Una vez que los británicos entraron en el comercio a finales del siglo XVIII, afirmaban que se limitaban a proporcionar un servicio: satisfacían una demanda, no la creaban. Los británicos implicados se tomaron muchas molestias en presentarlo ante el público de su país como un honorable negocio en Oriente. Invertir en opio, sugirió con amabilidad William Jardine a un amigo de Essex, es «el negocio especulativo más seguro y caballeroso que conozco». Visto desde Anglia Oriental, puede que así lo pareciera. También era una fuente segura y fácil de ingresos para los empleados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, quienes solo tenían que preocuparse del opio hasta que este llegaba a la casa gubernamental de Calcuta y delegaban en los comerciantes británicos e indios, y después en los chinos, el sucio negocio de llevarlo hasta la costa china y al interior. «Del tráfico de opio» resumió un texto de 1939 en torno a este asunto,

La Honorable Compañía lleva obteniendo desde hace años unos ingresos inmensos y, gracias a estos, el Gobierno y la nación británicos también han cosechado una cantidad incalculable de ventajas políticas y financieras. El giro de la balanza comercial entre Gran Bretaña y China a favor de la primera [...] contribuyó de forma directa a apoyar el tejido del vasto dominio británico en el Oriente [...] y benefició a la nación por un monto de 6 millones de libras anuales, sin empobrecer a la India.



Visto de cerca, no obstante, el comercio del opio parecía mucho más rufianesco de lo que estarían dispuestos a reconocer sus principales defensores británicos. Jardine y Matheson, los dos decanos del negocio de opio de Cantón –y destacados chinófobos belicistas en la década de 1830–, no tenían nada de caballeros, por más que se esforzaran en convertir dinero contante en respetabilidad. Jardine, nacido en 1784 en una granja escocesa, perdió a su padre a la edad de 9 años; durante la adolescencia, pudo cursar estudios en la facultad de medicina de Edimburgo gracias, únicamente, al sostén de su hermano mayor. Aprendió el oficio del comercio de Indias Orientales entre la sangre y la inmundicia de un puesto de médico embarcado; aunque la paga no era gran cosa –10 libras mensuales–, una de las ventajas del puesto era la posibilidad de crear líneas comerciales paralelas; a los oficiales se les permitía llevar dos toneladas de bienes propios para comprar o vender. Jardine pronto aprendió a sacarle el máximo provecho. En su segunda travesía, se quedó sin su paga de 40 libras porque el buque y el cargamento oficial se perdió a causa de los daños sufridos por un tifón en Cantón y el ataque de una nave de guerra francesa. Aunque los franceses le hicieron prisionero, logró ganar unas 175 libras de la venta de su tonelaje, que había tenido el buen criterio de enviar desde Bombay a Gran Bretaña en otro buque. Hacia 1818, dio el salto a un puesto directivo: agente de una casa comercial privada en la India. Menos de un año más tarde, pasó al negocio del opio cantonés.

El ascenso de Matheson hasta el cargo de comerciante privado fue menos agitado: las influencias del negocio familiar le permitieron obtener un contrato mercantil con la Compañía Británica de las Indias Orientales a la edad de 19 años, recién salido de la Universidad de Edimburgo. Una vez llegó a Asia, la decisión de mercadear con opio no requería mucha reflexión, dado que, entre 1800 y 1820, las importaciones a China se habían duplicado. Aunque no era en absoluto una elección libre de problemas éticos, este paso al opio de los mercaderes británicos no fue, como han sostenido los historiadores contemporáneos de la República Popular, una conspiración deliberada para reducir al Imperio chino a la condición de esclavos narcotizados. Solo fue una respuesta, codiciosa y pragmática, al descenso de ventas de otras importaciones británicas –relojes, relojes de pulsera, pieles–. «El opio es como el oro –escribió en 1818 Robert Taylor, primer socio de James Matheson–. Lo puedo vender cuando quiera».

La sala de secado de una fábrica de opio en la India, finales del siglo XIX.

CAPÍTULO 5

LOS PRIMEROS DISPAROS

No son difíciles de discernir ninguno de los choques, tanto a corto como a largo plazo, que provocaron el estallido de las hostilidades anglochinas. Los comerciantes británicos aspiraban a vender sus mercancías, en particular, narcótico de contrabando, legal y libremente por toda la costa oriental; el Gobierno imperial Qing quería confinar el comercio a Cantón y prohibir el opio. Los británicos querían poderes extraterritoriales sobre sus súbditos; los Qing pretendían mantener la autoridad judicial sobre los crímenes cometidos dentro de sus fronteras. En resumen, los británicos querían que en China todo fuera a la medida de su gusto, mientras que el Estado Qing, como es natural, se oponía.

En su debido momento, el partido belicista-mercantil de Gran Bretaña convirtió este choque de intereses en la honorable justificación de un conflicto armado internacional. En los meses clave de 1839-1840 –cuando el gabinete gubernamental tomó la decisión de ir a la guerra–, la negativa de los mercaderes británicos de ajustarse a las normas de otro Estado, en el territorio de dicho Estado –el problema que provocó el asedio de las factorías– fue remodelada y presentada a la opinión pública como algo mucho más noble. Una campaña bien orquestada de panfletos y prensa convirtió su causa en la lucha del moderno mundo libre contra un fosilizado imperio del mal, con un arcaico complejo de superioridad, decidido a mantener a raya a las fuerzas de la civilización y el progreso.

Las páginas del *Chinese Repository* llevaban mucho tiempo expresando tales puntos de vista. «Nosotros –afirmó un comerciante en 1834–, con nuestros principios de tolerancia, hemos sido recluidos en un rincón de China; nos calumnian, ejecutan injustamente a nuestros compatriotas, recibimos insultos y vejaciones sin medida. ¿Acaso la nación ya no ha sido deshonrada por su humillación extrema ante injurias de la naturaleza más grosera?». A partir de 1834, esas voces aprovecharon el impacto de la prematura muerte de Napier para encontrar en Gran Bretaña un público para sus quejas. En 1836, James Matheson describió a los chinos: «Este pueblo brutal y soberbio [...] se complace en considerar al resto de habitantes de la tierra [...] como BÁRBAROS». Con la intensifi-



cación de las tensiones con el Gobierno Qing, también aumentaron los esfuerzos de los comerciantes británicos por situarse en un plano de superioridad moral en este conflicto. A comienzos de 1839, el mercader William Jardine regresó a Londres desde China para liderar el grupo de presión de los mercaderes. Traía 20 000 dólares y algunos buenos consejos de su socio Matheson: «Le será útil obtener los servicios de algún diario principal que abogue por la causa –y quizá implicar a hombres de letras –que redacten– los memoriales necesarios de la forma más clara y concisa». Entre 1839 y 1840, el asedio ordenado por Lin contra las factorías, por medio del cual los mercaderes chinos hacían llegar de noche pan, capones, jamón, cajas de comidas y cenas para los contrabandistas británicos– fue presentado, en una serie de vibrantes escritos, como un segundo agujero negro de Calcuta, en el cual «un Gobierno despótico y arbitrario [...] [que] ha sido siempre injusto y opresivo en su trato hacia los extranjeros –privó a británicos inocentes– de su libertad; les prohibió comida o bebida; amenazó su vida [...] Pagarán muy caro por los insultos y ultrajes proferidos contra la nación británica», escribió Hugh Hamilton Lindsay, veterano de la Compañía Británica de las Indias Orientales y otro de los líderes del *lobby* mercantil.

Esta animosidad confluyó con una corriente más amplia de sentimientos en contra de China que, en la segunda mitad del siglo XVIII, empezó a competir con las visiones, más admirativas, de la Ilustración francesa e inglesa. A medida que la disputa económica de Gran Bretaña contra China ganaba impulso en esos años, se puso de moda entre la intelectualidad disminuir la naturaleza mezquina y monetarista de la disputa –y el muy dudoso carácter del tráfico de opio– con diagnósticos sistémicos de todo lo que estaba mal en el imperio, así como ocultar el simple hecho de que los europeos estaban cuestionando la pretensión Qing de aplicar sus propias normas al comercio de su país.

James Matheson (1796-1878): Junto a William Jardine, cofundador de Jardine-Matheson, la mayor casa de comercio de opio de Cantón antes de la guerra.

CAPÍTULO 9

EL SITIO DE CANTÓN

Cuando llegó a Cantón, su primer diagnóstico de la situación nos da una idea de sus aptitudes para el cargo. «Los cañones extranjeros –anunció– siempre nos alcanzan, aunque los nuestros no pueden devolver los golpes. Nosotros vivimos sobre suelo sólido, mientras que los forasteros van mecidos de un lado a otro sobre las olas. Somos los anfitriones, ellos los invitados [...] ¿por qué han tenido tanto éxito contra nosotros? Es indudable que están usando artes nigrománticas». Por fortuna, ya había pensado en el contraataque. Cada diez hogares, recordó Liang Tingnam, «había que reunir todas las bacinillas de mujer que se pudieran encontrar, colocarlas sobre balsas de madera y enviarlas a defender la ciudad». Es difícil saber qué valor militar atribuía Yang Fang a los orinales. Quizá, dado el bajo estatus de la mujer en la sociedad confuciana, sus retretes portátiles le parecían a Yang Fang el arma destructiva más potente a su disposición contra la fuerza sobrenatural de los cañones británicos.

Fuera lo que fuese lo que pretendiera hacer, la estrategia de Yang indica que había llegado a la primera línea de la guerra sin un mínimo plan. Los tonos de Liang Tingnam son demasiado suaves para identificar ironía a ciencia cierta, pero hubo otro residente que no se molestó en disimular sus burlas contra el nuevo general de la ciudad. «Todo el día –rememoró– lo único que hacía Yang Fang era comprar relojes y otros bienes extranjeros y por la noche contrataba los servicios de bellos muchachos para su entretenimiento [...] No tenía ningún plan digno de tal nombre. Su mejor idea fue comprar los retretes de la ciudad para defendernos contra los cañones de los extranjeros, luego moldeaba efigies de paja, oficiaba ritos taoístas e imploraba a espectros y espíritus». Yang pronto mostró qué pensaba hacer con las bacinillas: planeaba asaltar uno de los fuertes a pocos kilómetros de Cantón. «La idea era –explicó Liang– que cuando oyeran cañonazos, alinearán balsas en el agua, con las bacinillas bloqueando el paso a los ladrones, y, entonces, los soldados, agazapados detrás, se lanzarían al ataque». Sin embargo, tan pronto como vio los estandartes de los extranjeros, «el segundo de Yang Fang huyó y todos los demás le siguieron de inmediato [...] Cuando Yang Fang comprobó en persona la fiereza del avance extranjero, condujo a sus soldados de regreso a la ciudad». Seguro tras los

muros de Cantón, Yang Fang se consoló maniatando a su cobarde adjunto; lo habría decapitado si otros altos mandos no le hubieran convencido para que se mostrara clemente.

A pesar de las armas secretas de Yang Fang, durante los primeros días de marzo los británicos avanzaron sin cesar por los cauces interiores del río Perla. Capturaron fuertes, campamentos y centenares de cañones y destruyeron docenas de juncos de guerra, todo ello con apenas un puñado de navíos de la Armada. El 9 de marzo, una goleta británica recibió a un mensajero del oficial de uno de los fuertes situado a apenas 8 kilómetros de Cantón. Su mensaje, probablemente, condensa las pocas ganas de guerra que les quedaban en ese momento a los Qing. «Saludos. No podemos dejar de dispararnos entre nosotros, aunque prefiramos no hacerlo. ¿Qué le parece si disparo seis tiros sin bala para proteger la reputación del emperador y luego nos vamos?». El fornido comandante británico despachó a aquel recadero con un puntapié y tachó a su amo de «grandísimo cobarde».

El 18 de marzo, después de volver a izar la enseña británica sobre los blancos muros de las factorías al sudoeste de Cantón, Elliot informó por carta a Yang Fang de que los efectivos británicos no se retirarían hasta que se reanudara el comercio, así como de que exigía una respuesta de los Qing a vuelta de correo. La recibió el 20 de marzo: «los comerciantes de todas las naciones tienen permiso por igual para comerciar [...] como de costumbre; no habrá obstáculo ni impedimento, ni se creará problema alguno». El río, reportó el *Chinese Repository*, volvió de nuevo «a llenarse de pasajeros de un lado a otro y las factorías extranjeras presentaron signos de volver a ser lo que habían sido en el pasado». Los mercaderes chinos huidos regresaron poco a poco y tiendas y almacenes reabrieron. «Los altos dignatarios de la nación inglesa –anunció Elliot en una proclamación pública dirigida al “sereno e industrioso pueblo de Cantón”– han demostrado que «aprecian al pueblo de Cantón». Por su parte, los hombres del emperador se sumaron a los locales y volvieron, con discreción, pero con energía, a sus negocios habituales. El comercio cantonés, una vez reiniciado, mantuvo la actividad durante los momentos más duros de las hostilidades del año siguiente a lo largo de la costa oriental.

CAPÍTULO 13

LA LUCHA POR LA CHINA QING

El 18 de mayo, 820 efectivos británicos desembarcaron en la playa de Zaphu y se lanzaron contra las baterías emplazadas en las alturas que circundan la ciudad. Como de costumbre, los soldados Qing fueron expulsados. Aunque es aquí donde se terminan los parecidos con choques anteriores. Un extenuado oficial británico vivió allí un primer aviso inadvertido de lo que les esperaba. Al hallar a un hombre de los Estandartes ileso oculto detrás de una de las muchas tumbas desperdigadas por las colinas, impidió a uno de sus soldados dispararlo. «Aquel tipo desagradecido –recordó el británico con indignación–, en lugar de alegrarse de escapar, empezó a cortarse el cuello con una espada corta o cuchillo. No interferiré en su tarea, sino que esperé a ver si iba en serio; así era, pues consiguió matarse».

Mientras los británicos avanzaban hacia la localidad, los últimos defensores manchúes desplegados fuera de las murallas –en número de casi 300– ofrecieron una última resistencia dentro del sombrío laberinto de santuarios, salones y patios que componen el Templo del Celestial Respeto, en una de las colinas a apenas kilómetro y medio de la ciudad. Defendieron esta posición y abatieron a tiros a todos los asaltantes que trataron de entrar en el edificio. Irritados por perder un puñado de hombres a causa del fuego de guerreros de los Estandartes, los británicos decidieron volar el templo. Mientras los monjes escapaban del recinto hacia los bosques cercanos, colocaron una bolsa de pólvora en un flanco del edificio y le prendieron fuego. El techo se derrumbó sobre los defensores y el fuego se propagó; la resistencia organizada se desmoronó, mientras los que permanecían dentro trataban de quitarse la guerra de algodón acolchado y las bolsas de pólvora antes de que ardieran. Cuando se apagaron las llamas, hallaron a los muertos y heridos apelotonados de modo grotesco: mutilados, calcinados, desfigurados. Solo 43 de los 276 defensores originales vivieron lo suficiente para ser hechos prisioneros; los británicos inmovilizaron a los supervivientes atándoles de la coleta, como si amarraran varias ratas por la cola. De repente, un manchú se puso en pie, como resucitado, entre el montón de muertos y desenvainó su espada oxidada, pero, en lugar de intentar escapar, comenzó a darse tajos en la garganta.

Una vez cayeron las puertas de la ciudad indefensa, el resto de la guarnición manchú ya solo podía hacer una cosa: dejarse matar de manera ejemplar. «Cuando ya no podían combatir –atestiguó el capitán del Nemesi–, entonces morían [...] a muchos [...] era difícil impedirles que se rebanaran el cuello, algo que hacían con aparente indiferencia». Los británicos retiraron del combate a un anciano oficial herido. «No quiero piedad –les dijo–. Vine aquí a combatir por mi emperador [...] Si quieren ganar mi gratitud, y pueden permitirse ser generosos, escríbanle a mi reverenciado soberano y díganle que caí en el frente, combatiendo hasta el último momento». Sin embargo, esto no fue lo peor. Aterrorizados por la idea de lo que los británicos pudieran hacerles durante el cautiverio, las familias manchúes se autodestruían: las madres ahorcaban a sus hijos o los ahogaban en un pozo; los maridos hacían lo propio con las esposas, para luego darse muerte con su espadas. Los padres que permitían huir a los hijos, les daban órdenes de «implorar la muerte» si encontraban un soldado británico. Si los progenitores no estaban allí para ayudar, familias enteras ingerían veneno. Las hallaban muertas con la garganta hinchada y los labios negros.

En términos de puro horror, aunque no de magnitud, las escenas rivalizaron con las de la masacre de Yangzhou de dos siglos antes. «Cruel», «repugnante», «bárbaro», clamaron los testigos oculares británicos al encontrar patios, callejones y pozos repletos de muertos. Si los soldados Qing se hubieran rendido, suspiraban, habrían conocido la piedad británica. Las fuentes chinas de la época explican una historia reveladora y diferente: soldados británicos que abatían a sangre fría a civiles por no presentar documentos aceptables, mujeres degolladas por los británicos que las maldecían al caer. Tierra adentro, los invasores dividieron en dos grupos a las mujeres para violarlas; reservaban las más atractivas para los británicos blancos, el resto para los indios.

Una vez finalizado el trabajo del día, el capitán del Nemesi volvió a la contemplación de las bucólicas maravillas del campo. Suspiró por «uno de los más ricos y bellos vergeles del mundo», cuya belleza solo estropeaban un poco «los cadáveres que flotaban por los canales».

CAPÍTULO 15

PAZ Y GUERRA

A pesar de la ambivalencia que el conflicto generó antes y durante la Guerra del Opio, la victoria convenció a muchos de que Gran Bretaña había hecho bien: la contienda prestó un necesario y no muy sangriento servicio a la civilización mundial al abrir China. Además, cuando el Tratado de Nankín exacerbó todavía más las expectativas –oportunidades de comercio, transformación y viaje–, mercaderes, misioneros y diplomáticos empezaron a maniobrar para obtener nuevas concesiones y ventajas y, si fuera necesario, una segunda guerra para conseguirlas. Hubo otros, sin embargo, para los cuales el conflicto siguió siendo motivo de vergüenza y suscitó sentimientos de arrepentimiento y culpabilidad. El mismo término, «Guerra del Opio», un concepto satírico acuñado en los debates de principios de 1840 para llamar la atención de los «desmanes» en China del «deplorable» Gobierno *whig*, expresaba su mala conciencia. A la Gran Bretaña victoriana –una nación que se enorgullecía de su superioridad cristiana sobre los no europeos a los había conquistado– este nombre le incomodaba. Los británicos, proclamaba este, habían librado una guerra para imponer un narcótico ilegal y adictivo a la población china. Era, sostenía una corriente de opinión, «la guerra más deshonrosa de nuestra historia [...] perdimos unos 69 hombres y matamos entre 20 000 y 25 000 chinos. No hay honor posible en una contienda como esa». «Ningún hombre –declaró un orador en 1858– con una chispa de moralidad en su organismo [...] se atrevería a justificarla». Durante la Segunda Guerra Mundial, tanto los nazis como el Gobierno nipón trataron de desacreditar a los aliados al recordar a sus poblaciones sometidas –incluidos los civiles chinos, que los soldados japoneses masacraron por millones entre 1937 y 1945– las agresiones británicas contra China en el pasado.

Sin embargo, el arrepentimiento de guerra también puede causar el efecto opuesto y conducir a actos de autojustificación aún más militantes. Una vez se derrama sangre en circunstancias dudosas, los implicados suelen tratar de justificarse de forma cada vez más descarada: primero, acusando a la víctima de forzarlos a actuar de ese modo; en segundo lugar, persistiendo en su violencia para así afirmar su validez. A lo largo de todo el siglo XIX, esta pauta de respuesta pareció regir la conducta de la mayoría de los creadores de opinión acerca de China más influyentes en países como Gran Bretaña; en un principio comerciantes, diplomáticos, misioneros; más tarde periodistas y académicos. Tales grupos se negaron a mostrar empatía hacia el Imperio chino y, en lugar de ello, divulgaron los pecados intolerables de los chinos que hicieron necesaria la primera guerra –su soberbia, xenofobia, resistencia al cambio, crueldad e inmoralidad pagana–, todo lo cual solo podía superarse por medio de más violencia punitiva.

En el siglo XIX, la sinología se convirtió en una disciplina académica. Los primeros expertos occidentales en relación con China –hombres, cabría imaginar, que sentían una simpatía particular por la cultura del país– procedían en su gran mayoría de las filas impacientes de los creyentes en la necesidad de «abrir» China a Occidente. Thomas Wade, primer catedrático de chino de la Universidad de Cambridge, fue el negociador jefe a la conclusión de la Segunda Guerra del Opio. Protestó furiosamente al jefe del Gobierno Qing cuando descubrió que un diario de Pekín no destacaba lo suficiente los caracteres de «Gran Bretaña». A principios de la década de 1890 intervino en un debate en la Unión de Cambridge y pasó una hora refutando a un conferenciante que había sugerido que la Primera Guerra Anglochina tenía alguna

relación con el opio. Cuando, como era de esperar, algunos políticos y civiles chinos respondieron a las estridentes medidas «civilizadoras» de Gran Bretaña con un resentimiento creciente, los británicos consideraron que esto solo corroboraba todas sus acusaciones de xenofobia y aprovecharon esta hostilidad para justificar nuevas contiendas.

Una vista apacible de Zhapu, la bonita ciudad costera oriental defendida hasta la muerte por muchos de sus soldados manchúes en la primavera de 1842, Th. Allom, ca. 1850.



CAPÍTULO 17

EL MAL DE LA NACIÓN

En 1884, los Qing perdieron su antigua pretensión de soberanía sobre Indochina a consecuencia de un desastroso choque naval con Francia en el que, en menos de una hora, todos los buques chinos fueron destruidos y perdieron la vida 521 marinos, ante solo 5 muertos franceses. Diez años más tarde, la derrota china en la Primera Guerra Chino-Japonesa demolió la fachada ritual del viejo sistema de tributo, toda vez que el Imperio chino perdió ante una nación a la que siempre había considerado un tributario cultural. En 1894, el Gobierno nipón –ávido de colonias y con su propio proceso de modernización política y militar en marcha– aprovechó el pretexto de una rebelión interna para enviar efectivos a Corea. Menos de cuatro meses después del envío de una fuerza Qing a defender al «vasallo» de China, la victoria japonesa fue tan absoluta que pudo imponer, como condición para la paz, una indemnización de guerra de 200 millones de onzas de plata, además de Taiwán y un pedazo sustancial del antiguo hogar ancestral de los Qing, Manchuria.

Es difícil sobrestimar el impacto de esta derrota sobre las clases instruidas de China. Galvanizó la incipiente prensa nacional: las noticias del Tratado de Shimonoseki de 1895 se extendieron con rapidez desde las ciudades costeras –donde se producían la mayoría de diarios y libros del país– al interior, en copias de segunda, tercera y cuarta mano de publicaciones periódicas leídas con avidez por todo aquel lo bastante alfabetizado para comprender su impactante mensaje. Las noticias de la contienda conmovieron al conjunto de la población de un modo que nunca lograron las Guerras del Opio. «Los diarios de Shanghai traen cada día noticias de la guerra con Japón –recordó un lector de provincias–. Antes, los jóvenes chinos no prestaban atención a los acontecimientos de la actualidad, pero ahora están consternados [...] la mayoría de personas instruidas, que nunca antes hablaba de los asuntos nacionales, ahora quiere debatirlos: ¿por qué otros son más fuertes que nosotros y por qué somos más débiles?». Los alarmados chinos sacaron una conclusión de la derrota: los últimos treinta años de «autofortalecimiento» habían estado llenos de medidas fútiles e insuficientes. Habría



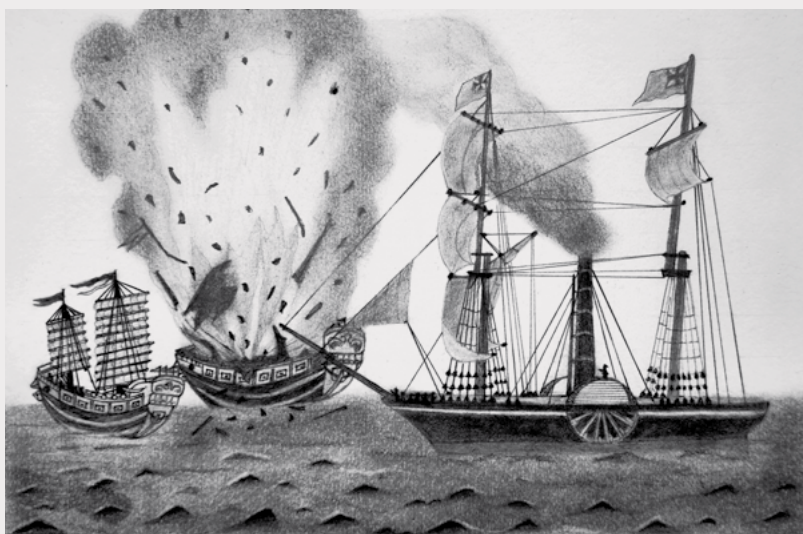
Representaciones de fumadores de opio en Londres, con dueños y consumidores a finales del siglo XIX.

que aplicar reformas más urgentes, audaces y profundas.

El desenlace de la guerra generó una nueva visión de un mundo bajo dominación occidental en el que era muy posible que China fuera engullida por los ambiciosos imperialistas. «Nos esclavizarán y dificultarán el desarrollo de nuestro espíritu y nuestro cuerpo –temía Yan Fu–. Las razas cobrizas y negras oscilan en todo momento entre la vida y la muerte [...] ¿por qué no los 400 millones de amarillos?». Creó nuevas e impacientes alianzas de reformistas radicales que generaron peticiones y memoriales de protesta contra la hu-

millación, además de proclamar la necesidad de «elevar el espíritu del país» para protegerlo del desastre inminente. Más o menos por esta época, Yan Fu y otros como él respondieron con un ambicioso plan para transformar China –este imperio débil y laxo– en una nación cohesiva y vigorosa.

Tras un par de décadas relegado en los márgenes intelectuales de la China Qing, en la cuestionable disciplina de los estudios técnicos occidentales –a veces traducidos al chino con el poco elogioso título de «cuestiones bárbaras»–, Yan Fu encontró al fin su voz y su audiencia pública. Produjo para la nueva prensa comentarios y traducciones de dos textos darwinistas clave: *Evolution and Ethics* [Evolución y ética] de Huxley y *Study of Sociology* [Estudio de sociología] de Spencer. En su exquisito chino clásico, Yan describió a su aterrado público lector el mundo de la guerra internacional. «En la denominada lucha por la supervivencia –explicó– personas y animales [...] compiten por los recursos para su propia supervivencia [...] las razas compiten con las razas y forman grupos y Estados, de forma que tales grupos y Estados pueden competir entre ellos. Los débiles son devorados por los fuertes, los estúpidos esclavizados por los listos [...] al contrario que otros animales, los humanos combaten con ejércitos, no con garras y colmillos».



La vitalidad de los Nueve Reinos depende del Viento y Trueno,
que todos los caballos estén en silencio es, después de todo, lamentable.

Exhorto al Cielo a que se sacuda de nuevo,
no limitarse a un solo patrón para reclutar talentos.

Gong Zizhen, *Poemas Misceláneos del Año Jihai*, Número 125, 1839.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

